



2007

Espectros de lo subalterno y lo popular en Recuerdos de treinta años, 1810-1840 de José Zapiola

Alvaro Kaempfer
Gettysburg College

Follow this and additional works at: <https://cupola.gettysburg.edu/lasfac>

 Part of the [Latin American History Commons](#), and the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

Share feedback about the accessibility of this item.

The definitive version was published as Kaempfer, A. "Espectros de lo subalterno y lo popular en Recuerdos de treinta años, 1810-1840 de José Zapiola". *Revista Mapocho* 61 (2007): 317-25.

This is the author's version of the work. This publication appears in Gettysburg College's institutional repository by permission of the copyright owner for personal use, not for redistribution. Cupola permanent link: <https://cupola.gettysburg.edu/lasfac/2>

This open access article is brought to you by The Cupola: Scholarship at Gettysburg College. It has been accepted for inclusion by an authorized administrator of The Cupola. For more information, please contact cupola@gettysburg.edu.

Espectros de lo subalterno y lo popular en *Recuerdos de treinta años, 1810-1840* de José Zapiola

Abstract

Espectros de lo subalterno y lo popular en *Recuerdos de treinta años, 1810-1840* de José Zapiola.

Spectrum of the subaltern and the popular in *Memories of thirty years, 1810-1840* by José Zapiola.

Keywords

José Zapiola, Chile, poscolonialismo, postcolonialism

Disciplines

Latin American History | Latin American Languages and Societies

Alvaro Kaempfer
University of Richmond

Espectros de lo subalterno y lo popular en *Recuerdos de treinta años, 1810-1840* de José Zapiola.

En “Policía de seguridad y garantías individuales” de *Recuerdos de treinta años, 1810-1840*, José Zapiola vuelve a los paisajes urbanos de una infancia cruzada por las “guerras de piedra de un barrio a otro, de una calle con la vecina” en Santiago de Chile.¹ Lo hace convencido de que la derrota del liberalismo criollo y la sutura conservadora del orden político en 1830 eran el “punto de partida de todos nuestros progresos”.² En sus *Recuerdos*, el legado portaliano al que se enfrentó a inicios de los años 1850 junto a Santiago Arcos y Francisco Bilbao desde la Sociedad de la Igualdad, había disciplinado la ciudad y hecho del orden público la medida de todos sus eventuales progresos. En 1870, los estallidos callejeros de la coyuntura independentista que recuerda hablan de una edad de piedras previa a la consolidación del orden conservador. Surge, en retrospectiva, una figura barrial, subalterna y masiva legada por la colonia, cuyos espectros cruzan la ciudad ajenos a la épica nacional. Para Zapiola, “[l]a paz de 40 años, interrumpida seriamente sólo tres veces, y por cortos intervalos, ha sido indudablemente el principal agente de nuestros adelantos, sin ejemplo en América del Sur”.³ De este modo, las disrupciones callejeras remiten a una memoria que acusa la impronta del mitema cívico portaliano sobre la consolidación del orden urbano y nacional.⁴

¹ José Zapiola. *Recuerdos de treinta años (1810-1840)*. Buenos Aires & Santiago de Chile: Editorial Francisco de Aguirre, 1974. Pág. 111.

² Ibid, pág. 89.

³ Ibid, pág. 89.

⁴ Zapiola viajó a Buenos Aires a fines del gobierno de O’Higgins tras una formación musical. Regreso en 1826 y dirigió la banda del séptimo regimiento en su campaña en

Zapiola subraya que la factura del Estado postcolonial chileno no se redujo al choque con España sino que fue decisiva su capacidad para encarar toda disrupción social como resistencia a su voluntad normativa, soberana y homogeneizadora. Esto incluyó las guerras de piedras sobre las que retorna y de cuyos “rudos combates conservamos la cicatriz de una herida que recibimos en la que entonces era nuestra frente”.⁵ Aquellos episodios de violencia callejera son inscritos por su relato en la consolidación de un orden nacional a partir de las huellas legibles en su propio cuerpo. Esos choques marginales, pero intensos, asolaron entre 1806 y 1824 “San Antonio, en la cuadra que está entre la de Monjitas y la de Santo Domingo”.⁶ Eran, recuerda Zapiola a los 70 años, paisaje cotidiano de su vida entre los cuatro y los veintidós años de edad. Si bien esos estallidos crecieron en 1813 y se hicieron intensos en 1817, nunca fueron expresiones de masa con pretensión de crecimiento o continuidad. Las nociones de igualdad que emergían en terreno, dice Zapiola, respondían a alineamientos carentes de densidad y dirección. Habrían sido formaciones sociales ajenas a los atributos observados por Elias Canetti en las masas del siglo XX.⁷ Aún así, hay un aspecto al que Canetti alude y que me permite acotar el impacto de las composiciones de paisaje y lugar que dibuja Zapiola en sus recuerdos del ciclo fundacional del Estado chileno. El mérito de Canetti, dice Peter Sloterdijk, es que ligó la irrupción de la multitud congregada ante sí y para sí misma

Chiloé. Luego, en 1830, fue invitado a dirigir la orquesta de la primera compañía de ópera en Santiago, tras la muerte de su director. Si bien como compositor destaca en su “Domine ad adjuvandum me” (1835) y “Réquiem” (1836), es más conocido por su “Himno al triunfo de Yungay” (1840) y su “Himno a San Martín” (1842).

⁵ José Zapiola. *Recuerdos de treinta años (1810-1840)*, op.cit. 113.

⁶ *Ibid*, págs. 112-13.

⁷ Elias Canetti. *Crowds and Power*. New York: The Viking Press, 1966. Pág. 29.

como una escena fundamental del espacio psicopolítico moderno.⁸ En consecuencia, aún cuando las masas de Zapiola no habrían poseído densidad o estrategia política alguna, sí habrían impactado, al margen de los relatos hegemónicos, la escena postcolonial chilena.⁹ Sobre las eventuales dimensiones de esta presunción el viejo músico santiaguino articula su relato.

Los enfrentamientos a los que alude Zapiola habrían sido expresiones de grupos sociales ignorados o, más bien, ausentes de las narrativas de transición del Colonialismo Tardío a la Modernidad. Mal que mal, aparecen sobre su escritura memoriosa en la lectura que hace de su propio cuerpo. Aunque parecen expresión política de los gobernados, categoría puesta a circular por Partha Chatterjee, no eran asociaciones en busca de reconocimiento o de interlocución política para satisfacer necesidades básicas de sobrevivencia.¹⁰ Es decir, no tenían visión programática alguna ni encajarían en la fórmula de *condenados* tomada por Walter Mignolo de Franz Fanon ya que al no esbozar una racionalidad política ligada a la experiencia colonial tienden a disolverse en el

⁸ Meter Sloterdijk. *El desprecio de las masas*. Valencia: Pre-Textos, 2002. Pág. 16.

⁹ Esas escenas han sido documentadas por cronistas, escritores y viajeros. Alexander Caldcleugh la despacha diciendo que era expresión del pendenciero carácter nacional, *Viajes por Sudamérica durante los años de 1819, 20 y 21*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1914, pág. 69. Otros como Alberto Blest Gana en *Durante la Reconquista*, Mary Graham en su *Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823)* y Vicente Fidel López en *La loca de la guardia*, las ligan a una cultura de saqueos dejada por la guerra de independencia. Vicente Pérez Rosales la asocia a una niñez donde la *cimarra* suponía partir, con otros muchachos y apertrechados de piedras, a “provocar a los chimberos para decidir quien se quedaría dueño aquel día del puente de palo”, *Recuerdos del pasado, 1814-1860*, Santiago de Chile: Imprenta Gutenberg, 1886, pág. 10. El cuadro, variado, multiforme, tiende a repetirse y sus orígenes son ubicados por diversos autores en la colonia.

¹⁰ Partha Chatterjee, *The Politics of the Governed*. New York: Columbia UP, 2004, pág. 57.

espacio postcolonial como episodios al margen de una narrativa que los dote de sentido.¹¹ Zapiola afirma, por tanto, que esos estallidos callejeros eran residuos del colonialismo o, más bien, problemas que éste no pudo zanjar y legó al orden nacional. En éste y sobre el espacio político donde sitúa Zapiola el despliegue de un imaginario nacional, esas masas son puntos de exceso, para usar una acepción de lo subalterno usada por Gareth Williams, residuos, apenas, que la ciudad postcolonial no podía reciclar.¹² Al mismo tiempo, habrían carecido de sutura alguna fuera de la acción del Estado que al operar sobre ellas para extinguirlas las definió como interrupciones u obstáculos a su esfuerzo normativo. Por lo mismo, tampoco tendrían los rasgos que Sergio Grez reconoce en expresiones decimonónicas de lo popular desde un *ethos* en construcción y como parte de programas de largo alcance de regeneración social.¹³ Aún así, los fenómenos narrados por Lastarria habían sido visibles por largo tiempo. De hecho, señala, venían de la colonia. En 1817, asegura Zapiola, ocupaban una zona que iba desde “el puente de la Purísima hasta dos o tres cuadras más abajo del de Calicanto, es decir, una extensión de una milla de Oriente a Poniente”.¹⁴ Para entonces, los enfrentamientos a piedrazos habrían cruzado el Mapocho e ingresado al barrio popular de la Chimba.

La descripción que hace Zapiola de aquellos grupos no permite reducir sus diversos, esporádicos y violentos estallidos, sus alineamientos, a partir de un solo golpe conceptual. Se escabullen de toda clasificación. Aún así, Zapiola hace el ejercicio y los

¹¹ Walter Mignolo. “On Subalterns and other agencies.” *Postcolonial Studies* 8.4 (2005), pág. 392.

¹² Gareth Williams, *The Other Side of the Popular*, Durham: Duke UP, 2002, Pags.10-11.

¹³ Sergio Grez, “El proyecto popular en el siglo XIX”. *Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*. Ed. Manuel Loyola y Sergio Grez. Santiago de Chile: Ediciones UCSH, 2005. Pág. 110.

¹⁴ José Zapiola, *Recuerdos de treinta años*, op. cit. pág. 113.

recuerda e integra como expresión de un mismo fenómeno en torno a la coyuntura independentista. Lejos de la violencia y el miedo urbano visto, en otros, por Rossana Reguillo a fines del siglo XX, no eran ni se pueden caracterizar en modo alguno como signo de un Apocalipsis inminente.¹⁵ Muy por el contrario. Para Zapiola, son la antesala de una paz social, un orden urbano y una seguridad pública que se miden por la magnitud de su derrota y la disciplina impuesta en la ciudad alrededor de 1830. Asimismo, están lejos de las expresiones pre-políticas, ensayadas por Eric Hobsbawm ante el bandidaje rural de la India colonial, pero cerca de ciertas figuras subalternas puestas en escena por Ranajit Guha al criticarlo.¹⁶ Los agrupamientos que describe Zapiola no articulan discurso e iniciativas sino que son caracterizados como interrupciones sobre una narrativa histórica que planteada de memoria les arrebató cualquier sentido político propio. Toda eventual semantización les habría llegado del Estado, al que deberían su instalación no como ruido o desorden con el cual negociar sino como obstáculo a eliminar. Zapiola caracteriza esas expresiones de violencia juvenil, urbana y popular como espectros de otro tiempo. Es por esta razón que las instala en la ciudad de su memoria y las recuerda a partir del orden que las eliminó junto al liberalismo que las habría, al parecer, tolerado. Como indica Ana María Stiven, “[l]a palabra orden aparece repentina e insistentemente en todas las expresiones discursivas de la clase dirigente [chilena] a partir de la

¹⁵ Rossana Reguillo, “Imaginario globales, miedos locales. La construcción social del miedo en la ciudad”. *Heterotropías*. Eds. Carlos Jáuregui y Juan Pablo Dabove. Pittsburg: IILI, 2003. pág. 221.

¹⁶ Ranajit Guha, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*. Delhi: Oxford UP, 1983, págs. 5-6.

consolidación institucional que sigue a la Batalla de Lircay de 1830”.¹⁷ Es precisamente la coyuntura que opera como referencia para Zapiola.

La apelación a 1830 es un lugar común para una historiografía cuyas divergencias surgen al precisar sus alcances. Francisco Encina asegura que, desde ese año, el país fue “gobernado por una serie de mandatarios constitucionales, probos, sensatos, respetuosos de las leyes; y más aún respetuosos de la personalidad humana”.¹⁸ La *virtud pública* se impuso con la victoria conservadora en Lircay y fue afirmada por la Constitución de 1833. Ésta, promulgada por Joaquín Prieto Vial, acogió las ideas jurídicas de Mariano Egaña, Diego Portales y Andrés Bello. En diálogo con ese lugar historiográfico común y apelando a sus propias imágenes del pasado, Zapiola sugiere, a partir de sus recuerdos, los desafíos políticos de fines de siglo. Su mirada, valga repetirlo, asegura que Lircay dejó atrás tanto la dominación española como el liberalismo individualista de O’Higgins y Freire que, según Simon Collier y Renato Cristi, causaron la inestabilidad chilena de 1810 a 1830.¹⁹ Contra esa inestabilidad habría surgido la república autoritaria, añaden

¹⁷ Ana María Stiven. *La seducción de un orden*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000, pág. 46. Esto no obsta que se haya producido una progresiva recuperación de las ideas liberales a partir de los años 40 en diversos espacios públicos, periodísticos y académicos durante el decenio de Bulnes, como señalara Julio César Jobet, *Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad*. Santiago de Chile: Editorial Cultura, 1942, pág. 70. Además, las visiones entonces en juego, donde la oposición entre liberales y conservadores era un campo de referencias que no agotaba doctrina alguna, según precisa Iván Jaksic, convergían en torno al imperativo de orden que se impuso, *The Meaning of Liberalism in Latin America: The Cases of Chile, Argentina and Mexico in the Nineteenth Century*. Buffalo: SUNY Buffalo, 1981, pág. 7.

¹⁸ Francisco Encina, *Historia de Chile*. Vol. XV. Santiago de Chile: Nascimento, 1950, pág. 74.

¹⁹ Renato Cristi, “El pensamiento conservador de Alberto Edwards: del conservantismo liberal al conservantismo revolucionario”, *El pensamiento conservador en Chile*, Eds. Renato Cristi & Carlos Ruiz. Santiago de Chile: Universitaria, 1992, pág. 18; Simon Collier, *Ideas and Politics of Chilean Independence: 1808-1833*, Cambridge: Cambridge UP, 1967, pág. 129.

Gabriel Salazar y Julio Pinto, zanjando la larga crisis colonial que, para Alfredo Jocelyn-Holt, fue la que desembocó en la independencia.²⁰ Zapiola reitera que la consolidación de ese orden en torno a 1830 cerró la crisis que había estallado en 1810 e instaló un orden a partir del cual se permite caracterizar el siglo XIX.²¹ No es difícil unir esa visión del pasado con los signos de una crisis política, cultural e institucional que parece atemorizar a la elite chilena en la década en que Zapiola retorna a su infancia y escribe sus *Recuerdos*.

¿Qué eran y quienes tomaban parte en los estallidos de violencia callejera narrados por Zapiola? De partida, sostiene que sus protagonistas formaban una masa compuesta por niños y adolescentes divididos en grupos y enfrentados unos a otros por el simple placer de agarrarse a piedrazos. Rechaza, inicialmente, cualquier otra motivación. El retrato que hace de los hechos evade toda tentativa por dotar a sus actores de alguna forma de racionalidad en relación con las narrativas hegemónicas del periodo. Sin embargo, a pesar de no producir forma alguna de agencia o intervención política, eran un problema político de seguridad pública. La sola presencia de aquellos grupos, insiste Zapiola, “bastaría a probar la ausencia completa de policía de seguridad”.²² Ni su composición ni sus estallidos de violencia se explican por sí mismos sino por la falta de control policial capaz de asegurar el orden público que dejan en evidencia. A pesar de creer que sólo el placer de la violencia motivaba esos enfrentamientos entre niños y

²⁰ Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile II: actores, identidad y movimiento*, Santiago de Chile: Lom Ediciones, 1999, pág. 35; Alfredo Jocelyn-Holt, *La independencia de Chile*, Madrid: Editorial Mapfre, 1992, pág. 173.

²¹ Esta obsesión con el orden aparece con los primeros conatos autonomistas de 1810. Mariano Moreno sostuvo en la *Gaceta de Buenos Aires* que la pauta para evaluar la gestión pública era “la tranquilidad de todos los habitantes” y en Santiago, desde la *Aurora de Chile*, órgano oficial del gobierno carrerino, Camilo Henríquez defendió el afianzamiento de la fuerza militar, social y política porque “sostendrá el respeto debido a la primera Magistratura”.

²² José Zapiola, *Recuerdos de treinta años*, op. cit. pág. 113.

adolescentes, Zapiola acusa una cierta racionalidad lúdica y bélica en esos juegos tácticos sobre el Mapocho. De hecho, describe avances, cruces de río, retrocesos y escaramuzas a la otra orilla, al barrio de la Chimba, que si bien incluían saqueos de casas, no habrían tenido en modo alguno, aclara, el robo como motivación. Eran juegos dañinos y violencia que alteraban el orden público pero no pueden ser confundidos con simples acciones explicadas por el robo. Vándalos sí, ladrones no. Los desmanes sólo parecían, dice Zapiola, “imitar la guerra en todos sus pormenores, y, más que todo, por el instinto de hacer daño, inherente a los niños”.²³ Es decir, sobre el teatro de una guerra, la de la independencia, Santiago era el escenario de otra, lúdica, infantil y callejera donde niños y adolescentes hacían la mímica espectacular de esa guerra en un avance táctico sobre sectores sociales y urbanos caracterizados por su marginalidad. De esta manera, tomaban forma enfrentamientos ajenos a la lógica histórica que ordena los relatos del periodo. Esa violencia, copia de la que nutre la épica independentista y residuo de la sintaxis patriótica del relato histórico nacional, remite a reportes policiales, políticas sanitarias, dispositivos de orden público y educación, anecdotarios personales, como el suyo. Sus protagonistas, insiste Zapiola, eran niños.²⁴ Además, aclara, los desmanes no surgieron con la

²³ Ibid, pág. 112.

²⁴ Si bien el esfuerzo memorioso de Zapiola se ordena en torno a fragmentos, imágenes, comentarios dispersos, hay una centralidad que regula su escritura. Según señala Gonzalo Portales, “[e]l ideal epistémico volteriano de pensar una *historia universal* aspira no sólo a prescindir de la concepción de la historia como el efecto de la providencia divina (*providentia Dei*), sino que busca también una perspectiva ‘científica’ que permita ir más allá de la antigua historia de los pueblos. Se trata de una historiografía que busca identificar --en medio de la diversidad de lo que deviene-- un acontecimiento rector, unificador de los diferentes sucesos parciales que afectan a los pueblos y naciones, es decir, de identificar hechos que puedan ser atribuidos a la humanidad como tal”, *Políticas de la alteridad*, Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2001, págs. 26-7. Esa centralidad de tono universal la da el protagonismo del Estado y cualquier suceso es ligado por Zapiola a su consolidación.

coyuntura independentista sino que venían de la colonia, pasaban por la *Patria Vieja*, crecían bajo la Reconquista y entraban al Chile independiente a pesar del esfuerzo hecho por el régimen o'higginista para controlarlos. Al afirmar que sólo desde 1830 hubo seguridad individual y orden social, Zapiola plantea que ni siquiera el cuadro represivo de la Reconquista logró controlar esos disturbios sociales. De hecho, la gran crítica al autoritarismo violento y represivo de la Reconquista es que no fue capaz de controlar los disturbios. Tal cosa, reitera, sólo fue posible bajo el orden nacional independiente; sobre todo, a partir de la consolidación del Estado portaliano.

Por sobre la intensa represión de 1829 revisada no hace mucho por Brian Loveman y Elizabeth Lira, entre otros, el régimen portaliano habría forjado la civilidad chilena, aplastado esos focos disruptivos y consolidando, finalmente, el Estado.²⁵ La “relativa estabilidad” de esa paz de cuarenta años habría llegado hasta 1871, entrado en crisis al final del decenio de José Joaquín Pérez y viviría su ocaso con Federico Errázuriz Zañartu.²⁶ Es la referencia común a aquel periodo. En tal contexto, no es menor el hecho que la nostalgia de Zapiola por esa paz social asome en sus escritos cuando empieza a experimentar su crisis. Si bien sus memorias comienzan a aparecer a inicios de los años de 1870, la edición definitiva de sus *Recuerdos*, precisa César Díaz, es de 1881.²⁷ Así, el retrato que hace Zapiola de los desmanes previos a 1830 no remite tanto a sus protagonistas sino que subraya la incapacidad del Estado para intervenir y controlarlos.

²⁵ Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido*. Santiago de Chile: LOM, 1999, pág. 57.

²⁶ José del Pozo, *Historia de América Latina y del Caribe, 1825-2001*, Santiago de Chile: LOM, 2001, págs. 52-3; Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1951, pág. 29.

²⁷ César Díaz-Cid, “El sujeto adánico dislocado: los *Recuerdos de treinta años, 1810-1840* de José Zapiola”, *Revista chilena de literatura* 61 (2002), pág. 191.

La posibilidad de explicarlos remite a la lógica hegemónica del periodo, la que provee el enfrentamiento que define la guerra de independencia, frente a la cual estos hechos son apenas su mímica infantil, lúdica y juvenil. El único protagonista de cualquier narrativa que aluda al periodo no es sino el Estado en formación y las elites que lideraban bélica y políticamente su factura. Quienes participaban de los disturbios eran niños, el robo no era la motivación de los saqueos que llevaban a cabo al ingresar al barrio popular de la Chimba. Era, a fin de cuentas, una irrupción lúdica e infantil descontrolada que sólo buscaba hacer daño. Pero si “ninguna medida se tomaba para reprimir a niños que en su mayor parte apenas tenían 12 años de edad”, concluye Zapiola, “¿qué podría hacerse cuando esos desórdenes eran ocasionados por hombres, y sobre todo por los mismos soldados de línea?”.²⁸ La pregunta subraya, por una parte, los límites del Estado para asegurar la disciplina urbana y la seguridad individual y pública y, por otra, la caracterización de segmentos sociales y callejeros a partir de una conducta infantil a pesar de que los protagonistas de los hechos referidos no eran sólo niños.

El cuestionamiento de Zapiola a la capacidad policial del Estado para disciplinar un juego de niños haciendo daño por placer lo proyecta sobre otros momentos en los que habrían aparecido las guerras de piedras en la coyuntura independentista. Esa carencia subraya un imperativo. Recuerda, en tal sentido, que “[e]n los últimos meses de 1816 tenían lugar tremendas refriegas entre los batallones Talavera y Valdivia”.²⁹ Los Talaveras, guardia pretoriana del Chile de la Reconquista y pieza central del dispositivo represivo colonial, eran casi todos españoles. Por serlo, cargaban bayoneta al cinto cuando salían a la calle. No así el batallón Valdivia que, tan realista y monárquico como

²⁸ José Zapiola, *Recuerdos de treinta años*, op. cit. pág. 113.

²⁹ *Ibid*, pág. 114.

los Talaveras, estaba formado casi exclusivamente por chilenos del sur y, por ende, no podían portar armas fuera de la formación militar. Por lo general, las rencillas entre ambos grupos daban paso a enfrentamientos callejeros. En esos choques, recuerda Zapiola, los peninsulares echaron mano a sus bayonetas y “los valdivianos acudieron a la piedra, que, como chilenos, manejaban con ventaja”.³⁰ Hubo circunstancias que agravaron más la situación. A los pies del cerro San Cristóbal, añade Zapiola, había una chingana “de gran capacidad, a donde los días de fiesta acudía el pueblo, atraído por las buenas aceitunas y su indispensable compañera, la chicha”.³¹ Allí “se encontraban en esos días los soldados de ambos batallones, que, al retirarse, armaban la refriega”.³² Desatado el enfrentamiento, cada bando esgrimía sus armas sumando, en el proceso, una multitud embriagada de chicha y violencia. Entonces, con las primeras piedras, “[e]l pueblo, como era natural, se unía al Batallón Valdivia”.³³ De este modo y en tales circunstancias, Zapiola observa una alianza *natural* entre masa barrial santiaguina y tropas de composición criolla, la que habría sido estimulada por el alcohol y sellada por la violencia en un sitio de diversión popular.

Estos estallidos y la alianza en terreno que surgía entre las tropas valdivianas y chilotas y la barriada capitalina, aparentemente al margen de toda lógica, es vista por Zapiola como un alineamiento natural que da paso a una tercera escena en sus recuerdos. En 1819, Chile había declarado su independencia el año previo y las tropas del Ejército libertador se preparaban para invadir y tomar por asalto, el año siguiente, 1820, el Virreinato del Perú. En este contexto y durante el año 1819, Santiago habría sido el

³⁰ Ibid, pág. 114.

³¹ Ibid, pág. 114.

³² Ibid, pág. 114.

³³ Ibid, pág. 114.

escenario de enfrentamientos violentos entre el 7º y el 8º batallón argentinos del Ejército de los Andes. El 8º batallón, dice Zapiola, “había sido formado en su mayor parte en Buenos Aires, y el resto en San Juan y Mendoza. En su totalidad se componía de negros africanos y criollos de esas provincias”.³⁴ El 7º batallón, formado por criollos, acusaba al 8º de haber causado su repliegue en Maipú y le gritaba a sus integrantes, asegura Zapiola, “con pronunciación africana: ¡*poyelulo!* (pollerudos), comparándolos con las mujeres”.³⁵ Esta vez eran los soldados negros los que encarnaban un espíritu callejero de combate que los llevaba a recurrir a las piedras.³⁶ Iniciada la batahola, el pueblo de Santiago se unía sin discriminar entre los bandos en conflicto “dejándose dirigir por ambos combatientes en sentido contrario”.³⁷ Las barriadas, a diferencia de los choques previos que permitían alianzas *naturales*, se plegaban excitadas por la violencia sin alineamiento preciso. No habría existido, por lo tanto, el vínculo *natural* visto por Zapiola en la alianza entre barriada santiaguina y tropas sureñas durante los años de la Reconquista española. Ahora, entonces, en un incipiente orden nacional y frente a la trifulca entre el 7º y el 8º batallón, dice Zapiola, O’Higgins le ordenaba al batallón N° 2 de guardias

³⁴ Ibid, pág. 114.

³⁵ Ibid, pág. 115.

³⁶ El conflicto aludido por Zapiola remite a una historia entre ambos batallones que se remonta a Chacabuco. Entonces, según señala Joaquín Edwards Bello, “en el campo de batalla, dijo San Martín: ¡Pobres negros! Samuel Haigh, inglés, dijo que si los españoles no sacaron mayores ventajas en Cancha Rayada, fue porque el regimiento número ocho, de negros, detuvo a las dos primeras columnas atacantes”, *La deschilenización de Chile*, Santiago de Chile: Aconcagua, 1977, pág. 86). La situación habría variado en Maipú y, aún así, Edwards Bello, siguiendo en esto a Bartolomé Mitre, asegura que fue “[l]a más reñida de la guerra de independencia, costó muchos hombres entre muertos y heridos pagando el mayor tributo los negros de Cuyo, de los cuales quedó más de la mitad en el campo. San Martín, en carta a Miller, reconoció el heroísmo de sus negros. La negra María Demetria Escalada, esclava de San Martín, le acompañó a Chile”, op. cit, pág. 86.

³⁷ José Zapiola, *Recuerdos de treinta años*, op. cit. pág. 115.

nacionales “dispersar a los combatientes”.³⁸ Si Zapiola ingresó a ese cuerpo militar en 1818, al No 2 de guardias nacionales, a los 15 años de edad, la decisión o’higginista de dispersar los disturbios lo integró al desafío estatal de imponer el orden en la ciudad.³⁹ Como niño había participado en las guerras de piedras de las que tiene una cicatriz en la frente para probarlo, había sido víctima o protagonista inocente de la violencia que asolaba una sociedad sin posibilidad alguna de narrativa y control público. Luego, como un joven recluta del batallón de guardias nacionales, le habría correspondido poner orden entre cuerpos militares argentinos del Ejército de los Andes. Es parte de la posibilidad de solucionar el problema como parte de las tareas que a su generación le cupo en la formación, disciplina y consolidación de un Estado soberano. No sólo las huellas de las refriegas de su infancia son legibles sobre su cuerpo sino que éste encarnaría la historia del ordenamiento de la ciudad bajo parámetros de disciplina nacional, ligado a la integración de su propio cuerpo en el dispositivo de orden público.

A estas alturas, parece claro que ni la mímica infantil y juvenil de la guerra ni las riñas entre soldados realistas que reproducían el choque entre peninsulares y criollos o las de tropas argentinas sofocadas por los guardias nacionales alteraban el orden político. Eran, reitera Zapiola, desórdenes, disrupciones sobre la ciudad que alteraban el orden público y que, al mismo tiempo, hacen posible medir la eficacia del Estado al restaurarlo asegurando la seguridad individual de los habitantes de Santiago. Como señalan Guillermo Palacios y Fabio Moraga, “la posibilidad de que durante las guerras de independencia estallaran rebeliones populares o indígenas sin el control de las elites

³⁸ Ibid, pág. 116.

³⁹ Ibid, pág. 117.

nunca estuvo presente en la mentalidad de los criollos”.⁴⁰ En consecuencia, lo que articula estos diversos episodios es el desempeño del Estado en la construcción de un discurso, agentes e iniciativas capaces de imponer el orden. Este orden carecería de signo político alguno y correspondería a un deseo insatisfecho que cruza la colonia y los primeros años de vida independiente, y que sólo habría sido asegurado a partir de 1830. Zapiola participó en esas alteraciones del orden público como niño e intervino, más tarde, en las fuerzas empleadas por O’Higgins para restaurar la disciplina urbana, social y militar sobre la ciudad. Recuerda, además, que esos sucesos desviaban fuerzas y energías en un contexto en el que “la guerra debía ser la atención preferente del Gobierno”.⁴¹ Si algo lograron los esfuerzos de control entre los años finales de la Reconquista española y los primeros de O’Higgins como Director Supremo, fue desplazar los enfrentamientos callejeros. Ya ha mencionado que los combates a pedrazos habían abandonado el centro, se habían desplazado a las riberas del río y habían ingresado al barrio de la Chimba. El orden sobre la ciudad habría ido de la mano de la fijación de una frontera urbana que situó la periferia santiaguina desde el barrio de la Chimba hacia el poniente, en torno al río Mapocho. Los choques callejeros serían, a partir de entonces, entre santiaguinos y chimberos. La operación memoriosa de Zapiola acota un espacio urbano donde se define el protagonismo nacional y otro que le es ajeno, que opera como su exterioridad y en función con el cual deberá consolidarse el orden político del Estado portaliano.

La proyección de los recuerdos de Zapiola en torno a la coyuntura independentista desde el último cuarto del siglo XIX sugiere tres presunciones que, luego del análisis

⁴⁰ Guillermo Palacios y Fabio Moraga, *La independencia y el comienzo de los regímenes representativos*, Madrid: Editorial Síntesis, 2003, págs. 192-3.

⁴¹ José Zapiola, *Recuerdos de treinta años*, pág. 118.

hecho, tienden a ordenar su escritura. La primera asume que mientras las élites enfrentaban militarmente al colonialismo hispano y afirmaban su protagonismo en esa disputa hegemónica, el bajo pueblo santiaguino se entretenía agarrándose a pedrazos. La segunda, consecuencia de la anterior, insiste en que el pueblo o bajo pueblo estuvo al margen del proceso que zanjó la independencia y su irrupción no respondió a la lógica hegemónica ni resulta compatible con sus relatos. En tercer lugar, la primacía de las élites criollas en la sutura política de la independencia hace de lo popular un dispositivo que legitima el rol que habrían tenido esas elites en la factura nacional del orden colonial. Parece clara la extraordinaria continuidad entre colonialismo y postcolonialismo, como lo ha planteado, teóricamente al menos, Roland Greene.⁴² Más importante aún, deja clara una ecuación política que operó regularmente en la construcción e interpretación histórica generada por un segmento decisivo de la historiografía decimonónica. Bajo estas presunciones, el paso desde el Colonialismo Tardío a la Modernidad se define en esta visión a partir del orden y los espacios, nociones y protagonismos que habrían configurado lo popular como una pauta que no se define ante sí mismo sino que en función de la capacidad política de la elite para normar la ciudad. Ante una pregunta del colectivo de *Revueltas Lógicas*, Michel Foucault definió la *plebe* como “el constante y constantemente silenciado blanco de los aparatos de poder”.⁴³ La afirmación de Foucault, de que no existe plebe sino condición plebeya, llevó a Joan Copjec a rechazar la noción de una existencia sin predicado, de un surplus de existencia inasible en la

⁴² Roland Greene, “Colonial Becomes Postcolonial.” *MLQ* 65.3 (2004), págs. 424-5.

⁴³ Michel Foucault, “Powers and Strategies”, *Michel Foucault: Power, Truth, Strategy*. Eds. Meaghan Morris and Paul Patton. Sydney: Feral Publications, 1967, pág. 52.

positividad de lo social.⁴⁴ El rechazo de Copjec al carácter espectral de una figura política que no puede ser sustantivada sino que, apenas, referida a partir de su carga calificativa, no acepta un historicismo que reduce la sociedad a su inhabitable red de relaciones de poder y de conocimiento.⁴⁵ El gesto reclama una concreción que se torna difusa a menos que se la conciba a partir del relato hegemónico que la dota de sentido. Esto aparece en la escritura de Zapiola a partir de un agente disruptivo no sólo en formación sino que, sobre todo, en proceso de acotación territorial a partir del espacio político que define la ciudad. Esa movilidad, cuya red de relaciones se ordena en torno al estado, permite la emergencia de agentes, presencias o figuras cuya única posibilidad de articulación vendría del estado. Bajo esta perspectiva, surge esta primera mirada a una figura de lo popular que hace posible recordar los peligros que debió encarar la construcción de un orden nacional como, asimismo, los que enfrenta en el momento en que ese orden parece estar en crisis en el último cuarto del siglo XIX.

⁴⁴ Joan Copjec, *Read my Desire. Lacan Against the Historicists*. Cambridge: The MIT Press, 1994, pág. 4.

⁴⁵ *Ibid*, pág. 6.